

LAS PUERTAS DE JERUSALÉN

Segunda parte

Este comentario fue escrito en 1908 y nos da una visión de las causas de las cinco divisiones ocurridas en el movimiento de los Hermanos durante el último cuarto de siglo. Se toman las puertas ya que es el lugar del gobierno, figura de la administración en la Asamblea.

Contenido

	Págs.
Causas (continuación)	2
La fracción del pan	6
La verdadera pregunta	10
Ideas	16
Resumen de causas	18

Las observaciones expresadas en la primera parte no deben interpretarse, sin duda, como un intento de encubrir el mal o de restarle importancia. Nada más lejos de la intención del autor. Lo único que pretende es mostrar:

1. Que un movimiento eclesiástico no era deseable, pues resultaba incompatible con la decadencia de la Iglesia y con el camino trazado expresamente para los últimos tiempos por el Espíritu Santo a través del apóstol Juan. Además, que al adoptar dicho movimiento esa forma, las verdades que encarnaba y expresaba en su origen se habían vuelto menos claras, si no completamente borradas. Pues es evidente que la verdad del «único cuerpo» sólo podía expresarse en el plano moral y espiritual.

2. Este sistema eclesiástico fomentó y acentuó divisiones que, desde una perspectiva bíblica, eran innecesarias. Invariablemente, estas divisiones se manifestaban en forma de exclusión, mientras que las Escrituras la consideran una excepción, ordenando generalmente la advertencia, la reprensión o el distanciamiento (*es decir*, no tener compañía), pero sin dejar de compartir el pan.

Es necesario añadir una breve explicación sobre el *método* de estas divisiones.

Resulta sorprendente que en aquellos pasajes de las Escrituras que nos advierten especialmente contra el avance del mal y las incursiones de la apostasía, no se mencione ninguna acción específica por parte de la iglesia para combatirlo o expulsarlo. Tanto en la Segunda Epístola de Pedro como en Judas, el juicio sobre tales asuntos parece dejarse enteramente en manos del Señor. No ocurre de manera diferente cuando llegamos a las exhortaciones a las siete iglesias. Primero se dirige a toda la iglesia y se la advierte, y luego se exhorta al individuo a escuchar lo que el Espíritu dice a las iglesias y a vencer. En cada caso, el Señor pasa del «ángel», *es decir*, el representante de toda la asamblea local, al individuo. Esto se acentúa en las últimas cuatro exhortaciones. Incluso en Filadelfia, se trata de vencer. ¿Qué revela todo esto? ¿Por qué en todos estos pasajes —pasajes en los que más esperaríamos encontrar una mayor profundización en la disciplina eclesiástica si este fuera el remedio— hay un silencio absoluto sobre este punto? Excepto para enseñarnos que *vencer no es un acto eclesiástico, sino un estado moral*. No sólo eso, sino que antes de que la corrupción se instalara, cuando una asamblea tenía el poder de purgar, la extirpación no era lo único que se consideraba, ni siquiera lo primero, aunque el caso en cuestión fuera de una flagrante maldad. A los Corintios, Pablo escribe: «Y vosotros estáis envanecidos, y no os habéis *lamentado más bien* de que el que ha hecho esto sea *quitado de entre vosotros*» (1 Corintios 5:2). Si esto significa algo, significa que debían haber buscado en el Señor la manera de librarlos del malhechor. ¿Hemos comprendido lo que todas estas Escrituras, en conjunto, nos enseñan? ¿Acaso no es que cuando el mal se manifiesta, es primero motivo de *luto*, y luego de esperar a que el Señor manifieste su poder liberador? En lugar de eso, se recurre al arma de la extirpación y se pone en práctica la mera energía

carnal. ¡Oh! ¡Cuánta bondad liberadora del Señor se ha perdido, cuántas oportunidades de vencer se han desperdiciado, y cuánta confusión y pérdida han resultado de tal proceder!

¿Acaso no están muchos convencidos de que, si se le hubiera dado más espacio al Señor para entrar, y se hubiera esperado más en Él, con menos actividad, no tendríamos tanto que lamentar hoy? Si tan sólo el duelo se hubiera realizado de antemano y se hubiera mantenido, ahora habría pocos motivos para lamentarlo.

Pero ¿de dónde sacamos nuestras ideas de disciplina y exclusión eclesiástica? ¿Y dónde encontramos en las Escrituras algún precepto o ejemplo para el camino que tan a menudo se sigue? Jamás oímos que una asamblea emita un juicio por todas las demás sobre un asunto que *está fuera de su jurisdicción* (y este es el punto), ni leemos que se le ordene hacerlo. Cada asamblea estaba facultada para resolver sus propios asuntos, y ninguna otra asamblea pensaría en disputar ese derecho. Pero que una se inmiscuya en un asunto fuera de su ámbito y emita un juicio que obligue a todos sin consultar a los que deben ser obligados, no cumple con los requisitos de las Escrituras, el sentido común ni la caridad. Esto explica gran parte de lo que debemos lamentar. La justificación parece ser que, al presentarse una carta de recomendación a una asamblea, esta se ve obligada a tomar nota del asunto en disputa, pues ese mismo acto la coloca dentro de su jurisdicción. Pero, después de todo, esta es una hipótesis puramente humana. Es un medio tan gratuito para causar problemas y disensión como cualquiera que se haya inventado. ¿Es Dios su autor? Que el lector considere cuidadosamente qué respuesta dará a esa pregunta. Las Escrituras difícilmente le ayudarán a responderla afirmativamente. Guardan absoluto silencio al respecto. Si no nos equivocamos, se basan en la conclusión obvia de que la fracción del pan es un compromiso inevitable —por mucha reserva mental que haya, o por poca que se pretenda tal teoría— un compromiso inevitable con todo lo que, de la forma más remota, concierne a quienes se reúnen para tal propósito. Sin embargo, esto podría ser objeto de consideración más adelante. Preguntémonos ahora sí, suponiendo que se presente una carta de recomendación, existe alguna otra opción además de aceptarla como un desafío para juzgar una cuestión. Rechazarla, por un lado, privaría a un hermano cristiano de su privilegio, y por otro, podría interpretarse como un juicio definitivo del caso. Existen dos opciones además de esta. Si no se conoce al individuo, podría ser recibido en virtud de la carta, dejando claro que esto no perjudica ningún caso pendiente de resolución. Si se supiera, la carta de recomendación podría omitirse y el portador ser recibido simplemente como cristiano. Cualquiera de estas opciones contribuiría a la paz y el orden, sin violar ningún principio divino. Desafortunadamente, tal como están las cosas, habría una objeción fatal: que la persona se ha presentado deliberadamente para provocar una crisis y obtener una decisión. Ahora nos enfrentamos a la verdadera pregunta: ¿Tiene tal práctica una aprobación divina?

Como se indicó anteriormente, las Escrituras no establecen ninguna ley que respalde tal procedimiento. Surgieron dificultades en la iglesia primitiva,

dificultades a nivel mundial que afectaron las raíces mismas del cristianismo, pero nunca leemos sobre su solución según lo mencionado. Sí leemos sobre una *conferencia* en Jerusalén (véase Hechos 15) acerca de un asunto que causaba considerable inquietud entre las iglesias, y cuya solución era absolutamente esencial para su paz y prosperidad. Y el método de esta conferencia está claramente indicado. Leemos: «que Pablo, Bernabé y *algunos otros* subieron a Jerusalén a los *apóstoles y ancianos* para tratar este asunto». Así que no subieron a la iglesia como tal, sino a los apóstoles y ancianos; ni lo convirtieron en una cuestión de partir el pan; ni fue sólo uno quien fue, sino un buen número. Que no se trató de una asamblea en primer lugar queda aún más claro con otra declaración: «Los *apóstoles y los ancianos* se reunieron para considerar este asunto». Después de que los *apóstoles y los ancianos* consideraran el asunto, toda la iglesia fue convocada para la declaración final, pero sólo entonces (véase el versículo 22). Aquí, pues, tenemos constancia de cómo se resolvió satisfactoriamente una gran dificultad. Es el ejemplo más destacado en las Escrituras y, como vemos, todo se desarrolló de forma muy diferente a como lo hacemos hoy. Hombres reconocidos y capacitados para considerar tales asuntos se reunieron, y todo se hizo abiertamente. El resultado fue todo lo que se podía desear. Esto fue así a pesar de la naturaleza, sin duda, difícil y delicada de las negociaciones. ¿Puede decirse lo mismo de los acuerdos alcanzados durante los últimos veinticinco años, con los que estamos relacionados? ¿Acaso no han provocado descontento y pérdidas? ¿No será porque hemos descuidado tomar como modelo la conferencia de Jerusalén?

Algunos objetarán de inmediato que hoy en día no existen apóstoles ni ancianos. Si esta objeción fuera válida, entonces, para ser coherentes, todo asunto que afecte el bienestar de los santos debería resolverse por sí solo. Todos saben que este principio no se aplica. No existen apóstoles, pero hay quienes se dedican especialmente al bienestar espiritual del pueblo de Dios. Sin ancianos debidamente designados, hay quienes cumplen su labor. Por lo tanto, la objeción de que hay falta de apóstoles y ancianos no es válida. Hay quienes, a pesar de nuestra pobreza, son perfectamente capaces de desempeñar hoy para el rebaño de Dios, cuando surgen dificultades, el mismo servicio que los apóstoles y ancianos realizaban en la iglesia primitiva. Pero dejar al azar la decisión de asuntos graves que afectan la felicidad de los santos en todo el mundo —la posibilidad de que se presente una carta de recomendación a alguna asamblea, que tal vez no cuente con personas competentes para juzgar— es el método con más probabilidades de conducir al desastre. Esto se ha demostrado una y otra vez. Tampoco hemos sido coherentes con nuestros propios principios. En ocasiones, una asamblea ha emitido un veredicto que, al no ser popular, ha sido rechazado.

Por otra parte, es sin duda un principio de suma importancia que quienes deben someterse a un juicio tengan voz, ya sea de forma representativa o de cualquier otra manera, en la determinación de dicho juicio. Este fue ciertamente el caso en Hechos 15. Pero que una asamblea local llegue a una decisión que afecte a todos

sus miembros sin la menor consulta, y luego la presente a punta de bayoneta para su aceptación, y la convierta en una prueba de comunión para siempre, es, por decir lo menos, indigno de la iglesia de Dios y contrario a todo precedente. La consecuencia de esto ha sido que se han producido divisiones sin parangón en la historia de la iglesia. Los hermanos en el Señor se han dividido por asuntos que jamás debieron haberlos dividido. Al reunirse por primera vez, ¿qué divisiones tuvieron que investigar quienes se congregaron en Aungier Street antes de poder participar de la Cena del Señor? Sólo aquellas que se habían producido en la base más amplia y que perdurarán para siempre. Cada uno estaba convencido, hasta donde sabía, de que los demás eran rectos en las doctrinas de la gracia, en cuanto a la Persona del Señor y la Trinidad. ¡Pero qué legado hemos dejado ahora a los cristianos que vendrán después de nosotros! Si las cinco divisiones en veinticinco años tuvieron algún valor; si no sólo se consumaron en la tierra, sino que fueron ratificadas en el cielo, entonces todo esto debe tomarse en cuenta de ahora en adelante para determinar la comunión mientras la iglesia permanezca en la tierra.

Resulta extraño decirlo, pero se supone que esta disciplina, que ha provocado tanta desunión y desintegración, deriva su sanción de la verdad del "único cuerpo". Siendo la iglesia una, toda disciplina debe surtir efecto en todas partes y ser igualmente vinculante. Y esto no sólo se aplica a asuntos locales, sino que también los asuntos no locales se tratan y resuelven en una sola reunión; y si se resuelve en una, se resuelve para todos. Y esto se fundamenta en la verdad del único cuerpo. Es realmente extraño que se pueda deducir de la verdad del único cuerpo un sistema que se ha convertido en el medio más eficaz para desmembrarlo. De modo que, según este plan, la verdad del cuerpo contiene en sí misma las semillas de su propia destrucción. Porque si continuamos a un ritmo de cinco divisiones en veinticinco años —y no hay razón para que este ritmo no aumente si permanecemos como estamos—, ¿qué quedará dentro de cincuenta años? ¿Y cuál sería la condición de la iglesia de Dios *en su conjunto* si estos métodos se aplicaran en todas partes?

¿Acaso la disciplina de la que hablamos guarda alguna relación en las Escrituras con la verdad del único cuerpo? ¿No es acaso todo lo contrario? Después de todo, el término «cuerpo» es sólo una figura retórica y no puede aplicarse a cualquier idea que queramos asociarle. ¿Qué ideas asocian las Escrituras con él sino las de unidad, cohesión, estar «perfectamente unidos», ser «consolados», que los miembros se cuiden *unos* a otros, que si un miembro sufre, todos sufren? ¿No son estas ideas la antítesis misma de la división? La sola idea de división y disciplina es totalmente ajena al concepto de «el cuerpo». Es más, en muchos casos donde se ha impuesto disciplina y separación, no se negaría el derecho a ser considerado parte del «cuerpo» a quienes se les niegan todos los derechos de comunión. ¡Qué paradoja! Pertenecen al cuerpo, pero son rechazados en todos los lugares donde se reúnen sus miembros. Son hijos de Dios, pero no son reconocidos por ninguno de los hijos de Dios. Lo cierto es que el pecado que exige tal disciplina debe —si las Escrituras nos guían— ser de tal naturaleza que quien lo comete ya no pueda

ser reconocido como cristiano hasta que se arrepienta. El apóstol Juan declara: «El que peca es del diablo». Y también: «Todo aquel que ha nacido de Dios no practica el pecado». El apóstol Pablo, al instruir a los Corintios, dice: «Expulsad de entre vosotros a ese *malvado*» (1 Corintios 5:13). No expulsar a ese *hermano*, en casos menos graves, que requieren una disciplina más leve, dice: «No lo consideréis enemigo, sino amonestadlo como a un *hermano*» (2 Tesalonicenses 3:15). ¿No queda claro, entonces, que si alguien debe ser expulsado es sólo porque ya no puede ser reconocido como «hermano» o «miembro»?

La verdad del "único cuerpo", lejos de justificar la exclusión universal, la prohíbe *por completo*, a menos que el caso que exige disciplina descalifique para la membresía en todo sentido de la palabra. Además, la verdad del "único cuerpo", en lugar de alentar, prohíbe la idea de que una asamblea local determine asuntos que afectan a todo el cuerpo. ¿Cómo podría hacerlo si no es el cuerpo entero? Lo máximo que podría hacer, si el caso entrara dentro de su ámbito de competencia, sería recopilar información que condujera a los santos de todas partes a un juicio iluminado. Esto sí sería un verdadero servicio. En lugar de eso, se envían circulares exigiendo la aceptación de un juicio determinado como condición para la comunión, sin siquiera exponer las razones de dicho juicio. Suponiendo que se acepte, ¿qué valor moral tiene aceptar, sin saber por qué, una mera *afirmación sin fundamento*? La forma en que se han visto las cosas es que *todo el cuerpo debe aceptar las decisiones de cualquier asamblea*. La *verdad* es justo al revés: *la asamblea no tiene mandato para decidir asuntos que afectan por igual a todos*.

La fracción del pan.

3. Para quienes se reunían en Aungier Street, Dublín, la fracción del pan era el punto de encuentro. Atraídos por el Señor y los unos por los otros, se convirtió de inmediato en la ocasión para manifestar Su muerte, fundamento de todas sus bendiciones; para recordar, según su voluntad, a Aquel que los había amado tanto; y también la expresión de su unidad en Él. Probablemente nunca imaginaron que esta sencilla fiesta se convertiría en el eje de un sistema eclesiástico y en un medio de disciplina cuyo efecto acabaría destruyendo el propósito mismo que tenían en mente. Sin embargo, así ha sido. Hace muchos años alguien escribió:

«En verdad, es lamentable ver ejemplos de los mayores excesos cometidos por los imprudentes, los atrevidos y los inexpertos, al perturbar la paz de las reuniones... y la mesa del Señor, ese dulce memorial de amor —un amor fuerte como la muerte—, convertido casi en todas partes por los hermanos en **la vara de su administración**».

Esto seguramente no habría sido posible de no ser por la tendencia eclesiástica ya mencionada y ciertas ideas erróneas sobre la comunión y lo que implica el partir el pan. Algunos parecen creer que al partir el pan nos identificamos de alguna manera con todo aquello con lo que están conectados quienes lo

comparten con nosotros. De modo que partir el pan se equipara casi, si no exactamente, con *poner las manos* sobre las personas. No sólo eso, sino que cualquier acción de un miembro compromete a todos los demás. De hecho, se llegó a decir de un hermano que fue a escuchar a un evangelista que no se consideraba "en comunión" que había "tomado toda la reunión con él". Es decir, había comprometido a todos los demás al hacer lo que él, como individuo, con conciencia propia, se sentía perfectamente libre de hacer. Ciertamente, no se pueden citar escrituras que apoyen ideas tan extravagantes. Sin embargo, tales puntos de vista se sostienen en mayor o menor medida y son responsables de gran parte de la fricción y la discordia que se producen.

Si pudiéramos despojar al partir el pan de todo lo que se le ha añadido, nos libraríamos de muchísimas fuentes de problemas. Sin duda, es obvio que al partir el pan expresamos (en un aspecto de ello) nuestra comunión simplemente *como cristianos*. De hecho, se trata de *comunión cristiana*. No la creamos ni podemos alterarla. Existía antes que nosotros, y no se pueden establecer nuevos fundamentos de comunión. Se expresa en las palabras: «¿Acaso no es la comunión de la sangre de Cristo la copa de bendición que bendecimos? ¿Acaso no es la comunión del cuerpo de Cristo el pan que partimos? Porque nosotros, siendo muchos, somos un solo pan, un solo cuerpo, pues todos participamos de ese mismo pan». Nuestra comunión, tal como se expone aquí, no se basa en que todos hagamos lo mismo o tengamos las mismas opiniones cuando estamos separados como individuos; se basa en la muerte de Cristo. Esa muerte ha eliminado toda distinción según la carne para que seamos uno. También nos ha brindado una participación común en las bendiciones del cristianismo. Esta es la comunión, y no debemos introducir asuntos de responsabilidad individual.

En el mismo capítulo donde se presenta la verdad de la Cena del Señor, se insiste en la amplia libertad de conciencia respecto a nuestra propia conducta, incluso a la de asistir a un banquete con no creyentes, si así lo deseamos, o a la de comer carne sacrificada a los ídolos. Sin embargo, la consideración hacia los demás debe ocupar un lugar importante entre nosotros. «Que nadie busque su propio bien, sino el bien del prójimo». Todo esto ayuda a dejar claro que partir el pan no me compromete a todo lo que otro considere correcto. Es la expresión de la comunión cristiana, no de todo lo que los cristianos puedan hacer. De lo contrario, no habría lugar para el ejercicio de la conciencia individual, y cada uno gobernaría a los demás.

Para algunos puede ser un gran alivio saber que partir el pan no los compromete a todo lo que hacen aquellos con quienes lo comparten. La prueba de esto, según las Escrituras, se encuentra en pasajes como Mateo 18:17 y 2 Tesalonicenses 3:14-15. Aquí tenemos, en primer lugar, el caso de alguien que se comportó de tal manera con un hermano en la fe, y se mantuvo tan impasible ante toda apelación, que la parte ofendida debe considerarlo como un pagano y un publicano. Pero no se nos dice que esto afecte la relación de este hombre con la iglesia. La iglesia debe ser informada e intervenir para la reconciliación, pero no

debe ir más allá. Y aquí, sin duda, podemos ver una gran sabiduría al limitar estos asuntos a las personas directamente involucradas. La asamblea fue establecida con otros propósitos que no fueran resolver disputas privadas. Debía ser un testimonio de Dios en el mundo, y si toda la comunión de esa asamblea se viera afectada públicamente por las diferencias entre los individuos, ese testimonio pronto caería en desgracia. Por lo tanto, partir el pan con alguien a quien un miembro consideraba pagano y publicano no implicaba que nadie se identificara con sus actos*. Lo mismo se aplica a las personas desordenadas a las que se refiere Tesalonicenses. La fracción del pan no es tan grave como una vez se levanta.

{* Si esa persona hubiera sido excluida de la Iglesia, como algunos suponen, seguramente no habría sido necesario decir específicamente «déjalo en paz».}

Sin embargo, muchos deben pensar lo contrario, pues ¿por qué, cuando surge alguna diferencia entre nosotros, permitimos que interfiera con la fracción del pan? ¿Acaso el Señor no merece ser recordado? ¿Han dejado de ser miembros de su cuerpo los santos por no ponerse de acuerdo? ¿Ha dejado de existir la amplia base de la comunión cristiana porque algunos cristianos han dejado de estar de acuerdo? La comunión de la mesa del Señor (1 Corintios 10) ciertamente no se basa en la identidad de juicio ni en la afinidad de pensamiento, ni el cuerpo al que se refiere allí es *una asociación de mutuo acuerdo*. Si así hubiera sido, la fracción del pan habría cesado mucho antes en Corinto. Pero ¿acaso cesó? Estaban divididos en sectas y se llamaban a sí mismos con diferentes nombres; Pablo tiene que escribirles acerca de sus contiendas y rogarles que tengan la misma mente y el mismo juicio, pero no basa la fracción del pan en que así sea, ni les dice que dejen de hacerlo porque no lo eran.

Si las Escrituras nos guían, nada puede ser más claro que la expresión, en el sentido más amplio posible, de nuestra comunión *como cristianos, que el partir el pan*. Además, sólo existe una comunión cristiana. Ha existido durante más de dieciocho siglos y perdura de generación en generación a medida que los creyentes van desapareciendo. Nadie puede formar otra. Algunos parecen creer que sí. Desean reunir en una sola comunidad únicamente a aquellos que están en perfecta sintonía con ellos y comparten todas sus preferencias. Quizás lo logren. Pero se han alejado del fundamento de la iglesia de Dios, y su comunión ha dejado de ser una verdadera comunión *cristiana*. Es una comunión propia. Existe un gran peligro en las pequeñas comunidades de quienes interpretan la verdad desde una perspectiva particular, que se unen y forman una especie de círculo íntimo que se vuelve de vital importancia para ellos. Esto es perjudicial para todos, pero sobre todo para quienes participan en él. Limita los afectos y la perspectiva, y en lugar de *la verdad*, se convierte únicamente en una cuestión de nuestra interpretación de ella. Ninguna reunión, ni ningún número de creyentes, puede imponer condiciones de comunión para los demás. Las condiciones ya están establecidas y no pueden revisarse ni modificarse sin apartarse de los principios cristianos. No se trata de cuán estricto pueda ser, sino de cuán amplio.

«Al que es débil en la fe, *recíbidlo*, pero no *juzguéis sus pensamientos dudosos*». Si tan sólo dejáramos de lado lo dudoso, «sin juzgar nada antes de tiempo hasta que el Señor venga», ¡cuánto bien sería para todos!

Se objetará que esto abre la puerta a toda clase de maldad. «Si», dirá alguien, «al partir el pan no me comprometo con lo que otros hacen, dicen y piensan, entonces podría participar alguien que haya cometido algún pecado flagrante o profesado alguna doctrina perniciosa». Sin embargo, esto no se deduce. En lo que respecta al pecado real, el caso es completamente diferente. El mal conocido y reconocido ataca la raíz misma del cristianismo. Por lo tanto, destruye la comunión expresada en la fracción del pan; y si se permite, la comunión se anula. Ya no es la mesa del Señor, sino la mesa de los demonios. No podemos tener comunión con ambos. Y como no hay término medio, no debería haber mucha dificultad en determinar quién debe ser admitido y quién no. Y como ya se ha señalado, las Escrituras registran dos casos principales para nuestra guía: uno de maldad moral y otro de error en la fe que socavó los cimientos de la misma.

Hay otro punto que debemos abordar antes de concluir este tema: las exhortaciones dadas en 2 Timoteo 2:19-26. Este es un pasaje crucial. Analicemos su verdadero significado. Para comprenderlo, debemos prestar atención tanto a lo que no dice como a lo que sí dice. Es evidente que el apóstol prepara a Timoteo para la presencia del mal en la misma casa de Dios. Así como la casa de Dios en Jerusalén, que debía ser un lugar de oración, se convirtió en una cueva de ladrones y un mercado (utilizado para el beneficio humano en lugar de la gloria de Dios), esta casa, como testimonio, también se corrompería. El lector notará que no se insinúa la llegada de una nueva casa, ni un nuevo comienzo, *ni una purificación de la casa misma*. Si se comprenden estos tres puntos desde el principio, el verdadero significado del pasaje será más fácil de entender. Lo siguiente que cabe destacar es la intensidad del carácter individual y moral de todo. Se trata de «si *un hombre se purifica*» —no de purificar la casa ni a la gente— sino de «sí mismo». *No se le pide que abandone la casa*. De qué debe purificarse es evidente. Tiene un carácter moral. En el versículo dieciocho, Pablo habla de aquellos «que se han desviado *de la verdad*, diciendo que la resurrección ya pasó, y derriban la fe de algunos». De modo que había falsos maestros dentro de la casa que, de hecho, derribaban la fe de otros.

Este es el tipo de iniquidad de la que todos los que profesan la fe debían apartarse. Pero no se refiere a otra casa ni a otro sistema eclesiástico; al contrario, describe el carácter mixto del gran cuerpo que profesa la fe: algunos vasos para honrar y otros para deshonar, y que uno debe ver, no que estos vasos sean expulsados, sino que él mismo no se identifique con ellos ni se contamine con ellos. Luego, para mostrar la profunda moralidad del conjunto, el apóstol añade: «Huyan también de las pasiones juveniles, y sigan la justicia, la fe, el amor y la paz, junto con los que invocan al Señor con un corazón puro». Es una comunidad marcada por rasgos *morales*, no por reglas y regulaciones eclesiásticas*. *No es una comunidad que pueda reconocerse necesariamente por*

la separación externa; esta comunidad debe unirse no por lo externo, sino por lo interno. No por edictos, ni decretos, ni juicios, sino por *afinidad moral y espiritual*. Todo lo demás es inútil si falta un corazón puro. Pero si existe un corazón puro —un corazón que ve a Dios y, por lo tanto, mantiene una separación interior de lo que no está de acuerdo con Él, y que juzga lo que es *verdaderamente* malo precisamente porque lo ve, y para poder verlo cada vez más—, ese corazón inevitablemente encontrará compañía con corazones similares. Esta será verdadera comunión. Todo lo demás es como la paja comparada con el trigo. «Sin santidad nadie verá al Señor». Sólo cuando cada uno juzga el mal en sí mismo —todo odio, arrogancia, orgullo e impureza— es posible la comunión. Y si alguien quiere saber cuán puro es su corazón, que se ponga a prueba con lo que sigue en el capítulo que estamos considerando: «El siervo del Señor no debe ser contencioso, sino *amable* con todos, *apto para enseñar*, *paciente*, *instruyendo con mansedumbre* a los que se oponen». ¡Mansedumbre, paciencia! Estas son, por excelencia, las características del hombre nuevo, y en medio de una profesión corrupta, estas y otras cualidades similares son las únicas que importan a Dios.

{* Sin embargo, no se trata tanto de buscar compañía, ni de ocuparnos de ella, sino de esforzarnos por seguir la rectitud, la fe, etc. junto con todos aquellos que persiguen lo mismo.}

La verdadera pregunta.

El punto al que llegamos en el párrafo anterior nos enfrenta a la verdadera pregunta: ¿Qué busca Dios en su pueblo? ¿Qué exige? Si bien se ha dedicado mucho tiempo a diagnosticar la enfermedad y a señalar las nefastas consecuencias del eclesiasticismo, sin duda no ha sido innecesario, dada la tristeza y la inquietud que ha causado. Seguramente, al menos, se han aprendido algunas lecciones, y nadie desea perpetuar una situación tan plagada de males. Pero ahora nos centraremos en los aspectos más positivos. ¿Cuál es, entonces, el bien que debemos buscar? ¿Cuál es el bien supremo? O dicho de otro modo: ¿Qué es lo que Dios más exige de mí? La respuesta se encuentra tanto en la superficie de las divinas comunicaciones que Dios nos ha dado como en lo más profundo de su esencia. ¿Acaso no encontramos en todo momento que Dios exige que su pueblo sea como Él? ¿Que su naturaleza se forme en ellos y que lleven su carácter? ¿Que busquen poseer las cualidades que Él más valora? Por consiguiente, en el Antiguo y el Nuevo Testamento encontramos exhortaciones como la siguiente: «Él te ha mostrado, oh hombre, lo que es bueno; ¿y qué te pide el Señor, sino que hagas justicia, ames la misericordia y camines humildemente con tu Dios?». Se nos dice que «sigamos la santidad»; que «sigamos siempre lo que es bueno»; que «busquemos el amor». En una palabra, el bien supremo es la PIEDAD, que simplemente significa *ser semejante a Dios*.

Es esta correspondencia consigo mismo la que Dios exige, y no acepta sustitutos. Él la exigió a su pueblo de antaño; la sigue exigiendo. «Porque yo lo conozco», dijo

Jehová de Abraham, «que mandará a sus hijos y a su casa después de él, y que guardarán el camino del Señor, *practicando la justicia y el juicio*, para que el Señor cumpla en Abraham lo que ha prometido de él». ¿Y por qué se postergó esto? ¿Por qué, hoy, sus descendientes están dispersos y abandonados? Simplemente porque fallaron en este punto. No fueron como Abraham en su fe ni en sus obras. Si se estudian los profetas —tanto los mayores como los menores—, se encontrará que su ministerio siempre tuvo este propósito: llevar al pueblo a la conformidad moral con Dios. Por falta de esto, llegó el tiempo en que incluso sus sacrificios y fiestas se convirtieron en una abominación. Por muy correctamente que intentaran llevar a cabo el culto del templo, Dios no lo aceptaría. Estas son las terribles palabras de Isaías: «Mi alma aborrece vuestras lunas nuevas y vuestras fiestas señaladas». Luego les dice lo que Jehová requiere: «Busquen justicia, alivien al oprimido, defiendan al huérfano, aboguen por la viuda». Y añade: «¿No es este el ayuno que yo escogí? Desatar las ligaduras de impiedad, soltar las cargas pesadas, dejar libres a los oprimidos y romper todo yugo, etc., etc.» (Isaías 1 y 58).

El mismo llamado constituye el peso de todos los mensajes de los profetas. Cuando David se dirige a Dios con respecto a la construcción del templo y pide la aceptación de Dios de todas las provisiones que había preparado, aunque está ofreciendo riquezas incalculables, su conciencia le dice que no es suficiente, debe haber algo más detrás o todo será en vano, y parece interrumpir abruptamente y dice: "Yo también sé, Dios mío, que tú pruebas el corazón y te complaces en la rectitud" (1 Crónicas 29:17). Sí, Dios juzga todo por el estado del corazón. Debe haber aptitud moral. Esto es muy evidente en los Salmos. El Rey que Dios pondrá sobre su monte santo de Sion, como se menciona en el Salmo 2 , tiene su carácter descrito en el Salmo 1. El primer Salmo precede al segundo en orden moral, así como numérico. En el Salmo 15 el hombre que morará en el tabernáculo de Dios y habitará en su monte santo es "el que anda con integridad, y obra justicia, y habla la verdad *en su corazón* ". Y si el Salmo 15 nos da una descripción del hombre justo, el siguiente salmo nos da un retrato igualmente fiel del hombre piadoso. Y estas dos características han marcado invariablemente a los hombres escogidos de Dios. Se mencionan especialmente de Simeón, quien tuvo el privilegio de tomar al niño Jesús en sus brazos; y de Cornelio, el primer gentil en ser admitido públicamente en el Reino. Tampoco debe pensarse que este principio se aplicaba sólo bajo la ley. Cuando llegamos al Nuevo Testamento y a la dispensación de la gracia, se enfatiza aún más. Si el mandato de Dios a Israel fue "sed santos, porque Yo soy santo", si la "santidad al Señor" debía estar en el frente de la mitra de Aarón; encontramos que nuestro Señor, al orar al Padre acerca de una nueva compañía, que se ha unido a una relación aún más íntima, se dirige a Él como "Padre Santo" y "Padre Justo". Y se nos dice que "el hombre nuevo es creado según Dios en justicia y santidad de la verdad" (Efesios 4:24).

En efecto, puede decirse que este es el punto culminante al que se nos conduce en cada epístola, y así se manifiesta claramente el destino al que Dios quiere guiar a su pueblo. Si en Romanos se nos dice, en primer lugar, cómo un hombre

llega a ser justo ante Dios, independientemente de las obras, al final se insiste igualmente en las obras por las que un hombre llega a ser justo en la práctica. ¿Quién puede olvidar el capítulo sobre el amor en la primera epístola a los Corintios? Y, sin embargo, ¡cuántas veces parece olvidarse! Y, por consiguiente, «el camino más excelente» no se frecuenta tanto como debería. En la segunda epístola se manifiesta la vida de Jesús; y «por tanto, amados, teniendo estas promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios». En Gálatas, el apóstol insiste en que «en Jesucristo ni la circuncisión ni la incircuncisión valen nada, sino la fe, que obra por el amor». También se nos muestra el bendito fruto del Espíritu: amor, gozo, paz, etc., y se evidencia que el verdaderamente espiritual es aquel que puede restaurar a un hermano extraviado con espíritu de mansedumbre. En todo esto se indica el verdadero carácter de esa «nueva creación» en Cristo Jesús, la cual es la única que tiene valor. En Efesios aprendemos que Dios nos ha elegido precisamente para que seamos santos e irrepreensibles ante Él —la filiación es nuestro lugar y porción con todos los privilegios de su casa— y, a partir de esto, ¡qué maravilloso y rico despliegue de todo lo que está en consonancia con ello! «Creados en Cristo Jesús para buenas obras»; «para andar como es digno de nuestra vocación... con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, soportándoos unos a otros en amor, procurando mantener la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz». La verdad, tal como está en Jesús, nos recuerda: «Quítense de ustedes toda amargura, enojo, ira, griterío y calumnia, junto con toda malicia; sean bondadosos y misericordiosos unos con otros, perdonándose mutuamente, así como Dios los perdonó a ustedes en Cristo»; concluyendo con «sean, pues, *imitadores* de Dios como hijos amados». En Filipenses, todo esto parece alcanzar su máximo desarrollo. «Para mí, vivir es Cristo», dice el apóstol. Mientras ora y exhorta a que sean «llenos del fruto de justicia que es por medio de Jesucristo», «tengan la misma actitud que tuvo Cristo Jesús» y «brillen como luminares en el mundo, proclamando la palabra de vida». Sin extendernos más en las demás epístolas, sin duda se ha dicho suficiente en respuesta a la pregunta planteada. El resumen anterior muestra de manera concluyente cuál es el deseo supremo de Dios para su pueblo y cómo debemos caminar y agradecerle.

Es precisamente aquí donde Israel falló, y donde la Iglesia ha fallado. ¿Acaso no es ahí donde falla todo movimiento? Pero Dios nunca rebaja su estándar. Si Israel se derrumbó, la palabra al remanente es: «que nos conceda, librados de la mano de nuestros enemigos, servirle sin temor, en *santidad y justicia* delante de él, todos los días de nuestra vida». Y a Natanael —uno sin duda típico del Israel del futuro— Cristo dice: «He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño». Sí, Dios no sólo nunca rebaja su estándar, sino que siempre busca traer a su pueblo de vuelta a él, y al final lo hará. Finalmente, con Israel, Dios cumplirá su propósito, porque «habrá allí un camino, y se llamará camino de santidad; los impuros no pasarán por él... pero los redimidos andarán por él». Es lo mismo hoy. Si la iglesia falla, si se une al mundo, si se contamina, la palabra al final es

la misma que al principio; «Esto lo dice el *Santo*, el Verdadero». Como si dijera: «Si queréis agradarme, debéis rendirme cuentas».

Ante este testimonio inquebrantable de las Escrituras, ¿no deberíamos cuestionar nuestra propia condición? ¿Nos hemos preguntado alguna vez seriamente qué es lo que Dios quiere de nosotros? ¿Qué encuentra Él realmente? ¿Acaso no existe un espíritu de partido y, como consecuencia, cierta frialdad y distanciamiento hacia aquellos que no consideramos de nuestro grupo? ¿No tenemos nuestras propias ideas sobre la verdad y preferencia por aquellos que consideramos afines a nosotros? ¿No tenemos favoritismo hacia las personas, prefiriendo a unas sobre otras, aunque las Escrituras nos dicen que no actuemos con parcialidad? ¿Y no han causado estas cosas disensión interna hasta que las palabras del apóstol se aplicaron oportunamente a nosotros? «Si hay entre vosotros envidia, contiendas y divisiones, ¿no sois carnales y andáis como hombres?» ¿No se han convertido las ideas sobre la verdad en la base de la comunión hasta el punto de que casi hay que volver a preguntar: ¿Pablo fue crucificado por vosotros, o fuisteis bautizados en el nombre de Pablo? ¿Acaso no hemos estampado en nuestras paredes el lema «esforzándonos por mantener la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz», cuando en el seno de la paz reina una extraña y la unidad una mera ficción? Y si esto es así (¿y quién puede negarlo?) ¿puede sorprendernos que el mundo, y una iglesia mundana, observen con asombro y cierto desdén a una comunidad donde se insiste en la necesidad de la unidad y la bienaventuranza de la verdad del único cuerpo, y donde, sin embargo, las barreras del eclesiasticismo están más arraigadas que en ningún otro lugar?

Surgirá la pregunta: ¿No debemos defender la verdad? Pero ¿cómo debemos defenderla? El *cómo* a menudo se ha considerado un punto secundario. Sin embargo, el *cómo* lo es casi todo para Dios. Si la verdad no se mantiene de manera apropiada, no se mantiene en absoluto. Se convierte, en cambio, en una mentira contra la verdad. «Si tenéis envidia amarga y contienda en vuestros corazones, no os gloriéis ni mintáis *contra la verdad*» (Santiago 3:14). ¡No! La verdad sólo se sostiene de una manera. No la sostenemos ni la mantenemos sino por *amor* (Efesios 4:15). Una mera comprensión intelectual no es suficiente. La verdad, en efecto, debe mantenerse, y se dice que la congregación es su pilar y sustento. Pero ¿cómo? En el pasaje de la primera epístola a Timoteo, del cual se toma esta afirmación, se precede de las palabras «cómo debes comportarte» y se sigue de «grande es el misterio de *la piedad*». Esto no deja lugar a dudas de que la asamblea es el pilar y el fundamento de la verdad, siempre y cuando sus miembros se caractericen por una conducta ejemplar y una vida piadosa. ¿Quién, por ejemplo, escucharía la exposición más elocuente y ortodoxa de la verdad pronunciada por un impío? La verdad se derrumbaría por falta del apoyo de una vida acorde con ella. Esto sucede siempre y en todas partes. Si alguien se levanta, lee un pasaje exquisito sobre el amor y comienza a explayarse sobre él, sus palabras caen en oídos sordos si se sabe que su vida contradice directamente ese mensaje. Cristo defendió la verdad y nos muestra el único camino para

defenderla. Cuando les dijo a los judíos: «Porque os digo la verdad, no me creéis», también podría haber añadido inmediatamente: «¿Quién de vosotros me convence de pecado?». Y cuando se le preguntó quién era, respondió: «Todo lo que os digo». Sus obras concordaban con sus palabras. La verdad que pronunció no era sino la expresión de lo que Él era. «Siempre hago lo que le agrada» (al Padre), dijo.

Oh, amados hermanos, ¿cómo debemos considerar algunas de nuestras disputas por la supuesta verdad y nuestras consiguientes divisiones a la luz de estas divinas palabras? ¿Acaso no hay prueba convincente de que la única manera real de sostener la verdad es en el amor, y la única manera de mantenerla en un sentido positivo es en la piedad, «proclamando la palabra de vida»? Todo esto concuerda perfectamente con el gran testimonio permanente ante los hombres, tal como nos lo dio nuestro Señor mismo para que lo mantengamos: «En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os tenéis amor los unos a los otros». ¿Es demasiado tarde para retomar este camino? Aquí encontraremos paz, gozo, fortaleza, bendición y, sobre todo, la aprobación del Señor. El evangelio revela el maravilloso hecho de que Dios ama. Pero estamos llamados a expresarlo y a mantenerlo. «Amados, si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos los unos a los otros. Nadie ha visto jamás a Dios. Si nos amamos los unos a los otros, Dios permanece en nosotros, y su amor se perfecciona en nosotros». A lo largo de todo el ministerio de nuestro Señor y de los escritos de sus apóstoles, se nos guía hacia este punto, pues sólo en él se halla la plenitud de la bendición. ¡Cuántas veces en aquel último discurso, tal como se registra en Juan —y particularmente en Juan 15, donde se trata de representarlo ante el mundo—, insiste en recordar a sus discípulos su único mandamiento: «Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como Yo os he amado»!

¿No se ha dicho lo suficiente para mostrar el estado que Dios exige, y que en las Escrituras todo se basa en lo que somos? Y si alguien pregunta: "¿Cómo puedo llegar a ser todo esto?", respondiendo a la voluntad de Dios, caracterizado por la piedad y caminando en amor, las Escrituras dan respuesta. Es sólo mediante la práctica. "Mi madre y mis hermanos", dijo Cristo, "son los que oyen la palabra de Dios y *la ponen en práctica*". No basta con saber. Podemos conocer todas las doctrinas de la Biblia, y también todos los preceptos, y que esto nos afecte muy poco. El Señor no dijo "dichosos sois si sabéis estas cosas", sino "si sabéis estas cosas, dichosos sois si las ponéis en práctica". Un converso chino le escribió a un misionero el otro día diciendo: "Estamos leyendo la Biblia *y poniéndola en práctica*". Si este es su método, no es de extrañar que un misionero afirmara que el mejor púlpito que cualquier predicador podría tener era el umbral de la casa de un cristiano chino. "Porque", dijo, "puedes estar bastante seguro de que el que está dentro *practica* todo lo que predicas".

Se cuenta de Francisco de Asís que invitó a un joven monje a predicar con él en una ciudad. Caminaron hasta allí y de regreso. «Padre, ¿cuándo empezaremos a

predicar?», preguntó el joven. «Hijo mío, hemos estado predicando; estábamos predicando mientras hablábamos. Nos han visto, nos han observado y nos han vigilado, así que hemos dado nuestro sermón. Ah, hijo mío, de nada sirve que caminemos a predicar si no predicamos mientras caminamos».

Este principio de práctica se establece en Romanos 6:19. Así como una persona malvada, al practicar la iniquidad, se vuelve más malvada —«iniquidad en iniquidad»—, dice: así también un hombre bueno, si practica la justicia, llega a la santidad. El proceso es universalmente reconocido. Entender la teoría musical no convierte por sí solo a una persona en un pianista brillante. Sólo la práctica constante y prolongada traerá el toque maestro que nadie puede confundir. Leer las reglas del críquet y comprender con precisión cómo se deben realizar todos los diferentes golpes no permitirá por sí solo que un bateador haga cien carreras en un partido de primera clase. Sólo puede lograr tales resultados mediante la práctica. Así también es cierto que, así como un hombre se vuelve experto en la maldad mediante la práctica, un hombre de igual manera se adorna con todas las virtudes cristianas de la misma manera. Por la sencilla razón, como alguien ha dicho, «nuestros actos repercuten en nosotros mismos». Sólo de esta manera se puede desarrollar el nuevo hombre que hay en nosotros. Un atleta gana músculo mediante el ejercicio. Mediante otro tipo de ejercicio, un cristiano se reviste de "bondad, humildad, mansedumbre", etc.

¿Acaso no ha habido una lamentable falta de enseñanza práctica? ¿Y no podría esto explicar, en cierta medida, las frecuentes faltas graves que requieren disciplina? Existe un peligro inminente de que a veces nos convirtamos en meros *dogmáticos*.

Dicho esto, también se da testimonio con alegría de que no faltan ejemplos notables de devoción y semejanza a Cristo. Que el Señor aumente en nosotros todo aquello que más le agrada.

Se ha dicho (como ya se ha citado): «La idea crea la organización; la organización destruye la idea». Si existe el peligro de que esto se haga realidad, ¿acaso no es crucial preguntarse cuáles fueron las ideas que originalmente dieron origen a la organización? Nadie puede dudar de su existencia. Sus efectos son evidentes por doquier. Pero ¿qué ocurre con las «ideas» casi perdidas en la confusión que la organización ha generado? Si estas pudieran ser rescatadas; si pudieran volver a ocupar un lugar central; si pudieran ser entronizadas en los corazones y las mentes de los santos, como antaño; aún podríamos albergar la esperanza, a pesar de todo lo sucedido, de días de paz y prosperidad.

Sólo podemos esbozar brevemente, y de forma muy imperfecta, algunas de las ideas que el Espíritu de Dios inspiró de nuevo en la mente de los responsables del movimiento que aquí se analiza. Alguien ha dicho que este movimiento, «como experimento eclesiástico», «debe fracasar sin que se le eche de menos; pero no escatimemos esfuerzos por preservar los elementos de fortaleza y belleza espiritual que indudablemente atesoró». Estas palabras son muy acertadas, por

lo que sin duda no será una pérdida de tiempo intentar un resumen, aunque incompleto, de elementos tan dignos de ser preservados.

1. Quizás **la idea** más destacada, y la que más impactó a los primeros hermanos, fue que la iglesia —aunque integrada con las diversas organizaciones eclesíásticas que la rodeaban— existía realmente aparte e independientemente de ellas. Vieron, o llegaron a ver, que todo lo vital en la iglesia ya estaba organizado; porque el único cuerpo existía como consecuencia de que Cristo —la Cabeza— estuviera en el cielo y el Espíritu Santo en la tierra. Que detrás de toda la organización externa de las iglesias, por así decirlo, había una organización viva. Había sido formada por poder divino sin intervención humana de ningún tipo. He aquí un organismo vivo debido únicamente al hecho de que el Espíritu Santo habitaba en cada miembro, uniendo así a cada uno con todos, y a todos con una sola Cabeza. «Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un solo cuerpo... y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu». Y «de quien (Cristo) todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor» (1 Cor. 12 y Ef. 4).

2. Habiendo llegado a algunos la verdad anterior como una revelación, pronto se hizo evidente que había surgido en la cristiandad una organización humana que la oscurecía. La pertenencia a una iglesia establecida, o a algún grupo disidente, se había convertido en la idea predominante. La pertenencia al "único cuerpo" se había perdido en gran medida de vista. Sin embargo, cuando esta última idea recuperó en cierta medida su lugar original en el pensamiento de los creyentes, no pareció haber razón alguna para que los miembros de este único cuerpo no se reunieran *como tales*. Así, se gestó una segunda idea: la reunión para la fracción del pan. Todos debían su bendición como cristianos a una sola cosa: la muerte de Cristo. Esa muerte había eliminado todo lo que los dividía y había formado la base de una nueva comunión divinamente dada. Todos reconocían un solo Señor. Todos eran miembros de un solo cuerpo. ¿Acaso la fracción del pan no se relacionaba con todo esto? "Haced esto en memoria de Mí" era el sencillo mandato de su Señor, transmitido por el apóstol de los Gentiles. «Porque cada vez que coméis este pan y bebéis esta copa, anunciáis la muerte del Señor hasta que Él venga», fue la continuación. «Porque nosotros, siendo muchos, somos un solo pan, un solo cuerpo; pues todos participamos de ese mismo pan», expresó su unión y comunión. ¿Acaso alguien soñó con establecer otros fundamentos de comunión o pruebas eclesíásticas? Creemos que no. Dado que se habían reunido en un terreno común donde todos tenían los mismos derechos, bien podría haberse planteado la pregunta: «¿Quién será el primero en comenzar?». Encontraron el terreno y la comunión basada en él, listos para ser utilizados. No podían añadir ni quitar nada.

3. Una tercera idea era que la presencia del Espíritu Santo no sólo los constituía un solo cuerpo, sino que Él era también el único poder del cual debían emanar la adoración y el ministerio. ¿Acaso no se mencionaban en los capítulos 4 y 7 del

evangelio de Juan el resultado necesario y natural de vivir en el poder del Espíritu? ¿Y no leyeron en 1 Corintios 12 que «nadie puede decir que Jesús es el Señor, sino por el Espíritu Santo»? Que el mismo Espíritu había otorgado diversidad de dones; y que «a cada uno se le da la manifestación del Espíritu para provecho de todos». Y aprendieron que todo esto estaba sujeto, no al control humano, sino al del Señor. De esta manera, la adoración volvió a ser el don espontáneo de corazones tocados por la gracia de Dios, y el ministerio fluyó con naturalidad.

4. En relación con todo esto, surgió otra gran idea: la de ser congregados en el Nombre del Señor Jesucristo. ¿Qué otro Nombre podrían poseer los creyentes? ¿Acaso Mateo 18:20 no proporcionaba una garantía suficiente? «Porque donde dos o tres se reúnen en mi Nombre, allí estoy Yo en medio de ellos». Si sólo se poseía y se confiaba en el Nombre, ¿no estaba garantizada Su presencia? Si era así, ¿qué más se podía desear? No les correspondía reclamar ningún derecho exclusivo sobre Él, sino actuar con fe, basándose en tal afirmación, para demostrar su poder y bienaventuranza. En esto se aventuraron, y no en vano.

5. Simultáneamente con estas ideas —todas halladas en las Escrituras, aunque oscurecidas durante mucho tiempo, pero sacadas a la luz por la energía del Espíritu Santo— hubo un notable avivamiento de la verdad en su conjunto. No se pretende un catálogo exhaustivo. Pero para mostrar el alcance y la variedad de verdades abrazadas en este *renacimiento espiritual*, sólo es necesario mencionar la recuperación de la verdadera idea de la iglesia como la casa de Dios —no una estructura material, sino espiritual—. El verdadero llamado de la iglesia y la esperanza apropiada de ella para todos los creyentes: «llamados a una sola esperanza de vuestro llamamiento»; la distinción entre la venida del Señor por sus santos y con ellos; así como entre el tribunal de Cristo ante el cual comparecerán los creyentes y los juicios del capítulo veinticinco de Mateo y el capítulo veinte de Apocalipsis. No había habido puntos de vista claros sobre estos temas en la iglesia durante muchos siglos y junto con su recuperación, y la predicación de un evangelio más claro, multitudes de creyentes llegaron a saber lo que significaba tener paz con Dios, ser aceptados en el Amado; y clamar por un Espíritu que mora en nosotros: «¡Abba, Padre!». Esto condujo a una comprensión más clara del sacerdocio de todos los creyentes y a la posesión del título y el privilegio de acercarse a Dios en el lugar santísimo.

El resumen anterior, breve e imperfecto como es, servirá al menos para indicar el carácter maravilloso y bendito del testimonio confiado a aquellos cuyas mentes se llenaron de estas ideas y cuyos caminos fueron moldeados por ellas. Dar testimonio ante la iglesia y el mundo de la existencia de la organización más maravillosa imaginable —«oculta desde los siglos y generaciones, pero ahora manifestada»— el cuerpo de Cristo; dar testimonio de una comunión divina existente entre los miembros de ese cuerpo, basada en la muerte de Cristo y que encuentra su expresión visible en la fracción del pan; haber reavivado también la idea de la presencia y el poder del Espíritu Santo, y como consecuencia de ello,

la verdadera adoración y el ministerio; y reunirse simplemente en el Nombre de Cristo como testimonio contra todo lo que divide a la cristiandad, fue sin duda un privilegio y una responsabilidad del más alto orden.

Hermanos amados, ¿cuál ha sido el resultado? Si alguien mira a su alrededor hoy, tal vez dude antes de intentar responder. Quizás sería bueno que cada uno de nosotros llevara esa pregunta a la presencia del Señor, y en el silencio de nuestros aposentos, y tal vez, con la angustia de nuestros corazones, tratáramos de responderle. Porque, ¿acaso alguna vez le daremos lo que hemos recibido?

Nadie puede olvidar, nadie querría olvidar, que mucho se ha hecho. Perder de vista la fiel labor de muchos siervos que han fallecido o que aún viven, así como las vidas consagradas que han dado testimonio del poder de las verdades expuestas, y decir que estas no han dado fruto sería una ingratitud ciega, por no decir un pesimismo imperdonable. Pero la cuestión no es sólo lo que se ha hecho, sino lo que podría haberse hecho. Si bien estamos plenamente agradecidos por lo primero, ¿cómo podemos pensar y hablar de lo segundo? Trece reuniones en una ciudad sin Inter comunión cuentan una historia cuyo punto es imposible de eludir. Y esto no se limita a una sola ciudad. Esta situación se extiende por todo el país. Se ha hablado de la ruina de la Iglesia. ¿Acaso no hay nada que añadir a ella?

¿Se considerará descortés señalar qué ha llevado a estos deplorables resultados? Pues se presenta una extraña y sorprendente anomalía. Un movimiento que comenzó desdeñando a toda secta corre el peligro de convertirse en el más sectario de todos; que empezó reconociendo a todos los que conformaban el cuerpo de Cristo corre el peligro inminente de rechazar a todos los miembros de ese cuerpo, excepto a una camarilla particular: una fracción de una fracción. ¿Por qué proceso se ha llegado tan cerca de semejante anticlímax? Esta es una pregunta que no podemos ni debemos eludir. Si parece que recorreremos algún terreno ya transitado, es sólo muy brevemente.

1. El eclesiasticismo, como ya se ha indicado, ha desempeñado un papel importante en ello. La verdad del único cuerpo, que en las Escrituras siempre se relaciona con ideas como «tener alimento espiritual», estar «perfectamente unidos», «cuidarse unos a otros» y «que no haya división en el cuerpo», se ha convertido en un instrumento de disciplina, de modo que los decretos de exclusión se han llevado a cabo hasta los rincones más remotos de la tierra. Unos pocos han legislado para muchos, y basándose en que el cuerpo es uno, han insistido en que todos acepten la decisión como condición para la comunión. Podría pensarse que, si la verdad del «único cuerpo» enseñaba algo, era que un miembro no podía actuar de manera que comprometiera a todo el cuerpo, sino que todos debían actuar al unísono. En los primeros siglos de la historia de la Iglesia, estas cosas se entendían mejor que ahora, pues cuando surgía alguna dificultad que pudiera afectar a toda la asamblea de los fieles, convocaban un concilio, y acudían representantes de todas partes. Esto ayudó a garantizar la justicia y a mantener alejadas las meras tácticas partidistas. Pero, aparte de

todo esto, ¿acaso alguien puede demostrar que la disciplina esté alguna vez en las Escrituras remotamente relacionada con la idea del "único cuerpo"? Si no lo está, y se ha convertido, junto con la fracción del pan, en un medio para dar efecto a los edictos eclesiásticos, ¿acaso podemos sorprendernos de que la consecuencia haya sido la división?

2. Otra causa frecuente de problemas ha sido *un temor morboso al mal*. Nadie puede hablar a la ligera sobre este tema, ni decir una palabra que lo haga parecer menos grave. Sin embargo, existe un peligro muy real en ser demasiado tímidos ante él, y las consecuencias de este estado mental han sido a veces desastrosas. Dios, nuestro Padre, no está sobre nosotros con un látigo insistiendo en que no hagamos nada más que observar si el mal asoma la cabeza para castigarlo instantáneamente, o de lo contrario sufrir las consecuencias. Si bien la parábola del trigo y la cizaña no se aplica principalmente a la iglesia como tal, sin duda contiene una lección para ella. «Dejen que ambos crezcan». Al arrancar el mal prematuramente, ¡cuántas veces se ha arrancado también el bien! Así como en las primeras etapas de crecimiento el trigo apenas se distingue de la cizaña, si se juzga el mal antes de que madure, muchos apenas lo discernirán. Las trompetas de plata y su uso tienen una lección apropiada aquí. No siempre debían usarse para dar la alarma. A veces se usaban para reunir a toda la asamblea, y otras veces sólo a los *príncipes y jefes de milenios*. Este último uso parece haber sido completamente pasado por alto. Si se necesita una alarma, por supuesto que debe sonar, pero hacerlo innecesariamente puede producir pánico. Si golpeamos salvajemente ante la supuesta presencia de un enemigo, podemos herir tanto a amigos como a enemigos, y un hermano puede estar en guerra con otro, cuando en realidad en todo lo esencial están de acuerdo y sirven lealmente bajo la misma bandera. Un granjero en Canadá regresaba a casa del mercado la otra noche cuando se dio cuenta de que lo seguía algún animal. Unos días antes había comprado un carnero premiado por el que había pagado 100 libras. Sin embargo, el invierno había llegado antes de lo habitual ese año, y debido a un incendio forestal y al riguroso estado del clima, los animales salvajes habían estado entrando en las granjas, causando considerables daños, y el granjero imaginó que lo seguía un oso. Durante una hora, se interpuso entre el oso y sus ovejas, con una linterna en la mano, mientras enviaba a buscar tiradores expertos al pueblo más cercano. Llegaron y acribillaron al supuesto oso a balazos; y al hacerlo, descubrieron que habían matado al carnero más preciado. Tal es el efecto del pánico. El miedo irracional a un oso hizo que el granjero creyera que su propio carnero era uno. Este incidente tiene su equivalente en la iglesia. Nunca necesitamos mantener la cabeza tan fría ni el corazón tan cálido como cuando juzgamos el mal. De lo contrario, en lugar de matar al lobo, sólo dispersamos a las ovejas.

3. Las medidas empleadas para reprimir el mal a menudo han sido demasiado severas. ¿Acaso la única cura para el dolor de cabeza es la decapitación? Debemos ser valientes por la verdad, pero esto no implica necesariamente la separación. Pablo se enfrentó a Pedro cara a cara. Pero Pablo no lo excomulgó, ni intentó que

otros lo hicieran. Pablo y Bernabé se distanciaron debido a la intensidad de su controversia, pero la cuestión de la fracción del pan ni siquiera se planteó, que sepamos. Lo que sí sabemos es que muchos años después, Pablo escribió acerca de Bernabé a cierta compañía: «Si viene a vosotros, recibidlo». Y tengamos la certeza de que es por la verdad por la que luchamos, y no por nuestra interpretación de ella. Si nuestro único objetivo y deseo es pertenecer a una compañía donde todos piensen exactamente como nosotros, no es más que convertir la iglesia de Dios en un club. Si se hubiera recordado que existen otras curas para una extremidad herida además de la amputación, quizás muchos estarían caminando juntos hoy, cuando ahora están muy separados. Luchemos juntos por la fe del evangelio (Filipenses 1:27). Pero que sea «la fe», no una visión sesgada de ella. Y que sea «juntos», no unos contra otros.

4. Convertir la amistad en un capricho ha sido otra causa de la triste ruptura. En lugar de comprender que no tengo derecho a negar la amistad salvo por razones de peso, a menudo se la ha rechazado por motivos triviales, y a veces sin dar ninguna razón. El hecho es que a algunas personas les confiere un poco de importancia y estatus decir: «No podemos ofrecerle nuestra amistad». Y así, uno de los privilegios más benditos de la tierra, la amistad, se convierte en motivo de tristeza, llegando incluso a la tiranía. Reitero, para que no haya lugar a dudas: *la amistad debe concederse a menos que se den razones claras y contundentes para negarla*. Los sentimientos y preferencias personales no tienen cabida.

5. ¿Acaso no ha sido otro obstáculo pensar que el poder y la autoridad conferidos a los santos al principio, cuando todo estaba en orden, pueden ejercerse exactamente de la misma manera cuando las circunstancias han cambiado por completo? Después de siglos de desorden en la casa de Dios, un desorden que aún persiste, ¿acaso alguien supone que puede ignorarse por completo y restablecerse el orden original en todos los aspectos? Sin embargo, esto se ha intentado, y el fracaso que lamentamos se debe en gran medida a ese esfuerzo. Si se hubiera tenido en cuenta el carácter de los escritos de Juan, como ya se ha señalado, jamás se habría cometido. Donde hay vida en el poder del Espíritu, este encontrará *la* manera de manifestarse. En lugar de esto, todo se ha sistematizado y moldeado según un patrón determinado, con la consecuencia de que la formalidad y la uniformidad son más evidentes que el poder y la fecundidad, que son los únicos de valor vital.

6. Una mala interpretación y aplicación de las palabras «procurando mantener la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz» han tendido a paralizar en gran medida el movimiento del que hablamos. Hay una persona que jamás olvidará haber asistido a una lectura hace muchos años con hermanos bien instruidos, cuando este versículo fue el único tema de conversación. Se marchó con la misma sabiduría con la que llegó; por la sencilla razón, según él, de que la perspectiva de los oradores no iba más allá del sistema organizado de reuniones al que todos los presentes estaban vinculados. En realidad, otra unidad estaba presente en sus mentes todo el tiempo que discutían la unidad del Espíritu. La relacionaban

con algo que se podía ver y organizar, en lugar de con aquello que existe gracias a la muerte de Cristo y la presencia del Espíritu Santo, y que depende de un estado moral y no de la observancia de ordenanzas o métodos externos. La unidad existe. Debemos mantenerla. Se mantiene en paz. Sin embargo, ¡cuántas veces se ha roto esa paz con el fin de mantener la unidad! Sin duda, es inexplicable desechar el vínculo para conservar aquello que une. Tan extraño como abrir un cofre para preservar la joya que contiene. Hermanos, ¿hemos comprendido el valor de la *paz* y lo que la garantiza, viviendo dignamente nuestra vocación «con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, soportándonos unos a otros en amor»?

Las ideas que unieron a los cristianos y dieron origen al movimiento aquí mencionado son tan trascendentales que no es necesario disculparse por haber señalado lo que ha obstaculizado su crecimiento. La revitalización de estas ideas es urgente, junto con la eliminación de todo lo superfluo. *Basta con que nos ocupemos de ellas para asegurar la unidad. Es precisamente porque se magnifican las pequeñas diferencias y se permite que destruyan todo lo que nos une que la división y la disensión interna se han generalizado.* Sin embargo, las primeras son insignificantes comparadas con las segundas. Miembros de un solo cuerpo —el cuerpo de Cristo—, partícipes de una comunión fundada en nada menos que en Su muerte, y caracterizada por lo que Él es —pues es la comunión del Hijo de Dios—, habitados por un solo Espíritu, Dios, el Espíritu Santo, reunidos en un solo Nombre, el Nombre de nuestro Señor Jesucristo; ¿acaso no son estos vínculos suficientemente fuertes? ¿Podemos sustituirlos por algo, o actuar como si no existieran, sin una pérdida tremenda? Sólo hay una cosa que se necesita para que tengan el mismo efecto hoy que siempre: el AMOR. Durante muchos meses, a veces como un solemne toque de difuntos, han resonado en los oídos de alguien las palabras: «Si os mordéis y devoráis unos a otros, tened cuidado de no ser consumidos unos por otros». Pero el amor lo sana todo; y las dificultades se resuelven fácilmente en Su presencia. Sin él no somos nada; con él lo somos y lo tenemos todo. Es superior a todo; es el vínculo de la perfección; nunca falla. Los corintios tenían dones brillantes y una espléndida organización eclesiástica, a pesar de que Pablo les dice: «Aún os mostraré un camino más excelente». Y habiéndolo hecho, les ruega que lo sigan. Si tan solo siguiéramos este consejo y nos entregáramos a la suprema influencia del amor durante seis meses, juzgando todo pensamiento contrario a él, ¿qué cambio se produciría!

Esta es nuestra única esperanza, y al insistir en ella, concluimos. Hemos visto cómo el eclesiasticismo ha empañado el testimonio que de otro modo se habría dado de las grandes y distintivas verdades de esta dispensación, y casi ha destruido el gozo y la expresión de esa comunión divinamente formada. Nuestro esfuerzo ha consistido en demostrar que lo que Dios siempre busca en su pueblo es un carácter que responda al Suyo, y que, por consiguiente, no requirió un movimiento eclesiástico, sino uno moral. ¡Qué testimonio habría sido, y fue, tal movimiento, en la medida en que se cumplieron estas condiciones! ¿Acaso no es posible aún tal movimiento? Gracias a Dios que sí, y sin empezar nada nuevo.

Pero sólo puede darse si las ideas que originalmente surtieron efecto vuelven a surtir efecto. Dios no tiene nada nuevo. No puede ir más allá de Sí mismo. Si nos llama a imitarlo, ha dicho su última palabra. Ese es el único testimonio posible en estos días: el testimonio de lo que Él es y de lo que ha realizado; un testimonio que, en su esencia más simple, se reduce a la palabra que hemos estado considerando, la palabra que expresa lo que Dios es. Nada inferior sirve, y no puede haber nada superior. Y el alma que busque esto, o la compañía que lo busque, con fervor, constancia y perseverancia, encontrará una plenitud de gozo, de bendición y de poder que no dejará nada que desear.

¿No buscaremos esto, y al hacerlo no encontraremos a Cristo suficiente para nosotros? ¿Acaso no es Él suficientemente grande, aún lo suficientemente grande como para unir a su pueblo? ¿No necesitamos volver a la verdad fundamental de Mateo 16, conectada por nuestro Señor mismo con la edificación de su iglesia; y al volver a ella, volver al centro de todo? "¿Quién decís que soy Yo?" "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente." Sobre esto se edifica la iglesia, y todos los que honestamente y de todo corazón hacen esta confesión, deberían estar lo más cerca posible los unos de los otros, y no tan lejos. Al volver cada uno a esto con sencillez y fe, ¿no volveremos a unirnos los unos a los otros? *En la medida en que permitimos que otras cosas nos separen y dividan, cometemos el terrible y pernicioso error de hacer que esas cosas sean más importantes que Cristo.*

En lo alto de los Andes, en un lugar solitario, se alza un monumento con la inscripción «*Cristo Pacificador*». Conmemora la reconciliación de dos Estados sudamericanos. ¿No podría erigirse hoy un monumento similar entre *algunos* de los creyentes, en el que se inscriban con veracidad esas dos poderosas palabras: «*Cristo Pacificador*»? Palabras que toda la Iglesia y el mundo entero puedan leer, y al hacerlo, aprender de nuevo la realidad de la venida de Cristo al mundo y su poder para unir aún a todos los que lo reconocen. De acuerdo con esto, Él oró: «No ruego solamente por estos, sino también por los que creerán en mí por la palabra de ellos; *para que todos sean uno*, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste» (Juan 17:20-21).

Finalmente, la cuestión suprema del momento es si caeremos en un mero sectarismo, interesados únicamente en quienes están de acuerdo con *nosotros* — un sectarismo de la peor clase, pues es el más estrecho de miras, el más intolerante y el más esclavizado— o si, dejando de lado las ataduras de un eclesiasticismo inútil y pernicioso —ampliado y libre porque solo poseemos lo que el Espíritu ha formado con su presencia, y de lo cual Cristo es la Cabeza— seremos conocidos como aquellos cuyo único vínculo es Cristo y cuya única ley es el amor. «Uno es vuestro Maestro, y todos vosotros sois hermanos».

Russell Elliott